

PAPENFUSS



BOLETÍN GRATUITO DE RELATOS

VALENCIA

WWW.PAPENFUSSLA REVISTA.WORDPRESS.COM

NÚM. 28

8 DE MARZO

ESPECIAL



bida al choque de adrenalina. Vio abatirse la porra contra su cabeza y consiguió hacer una finta que la hizo estrellarse contra su hombro izquierdo, salvando el cráneo por unos centímetros apenas. Consiguó levantar la espada con el brazo derecho y rebanó la cintura del monstruo que cayó a sus pies salpicándolo de sangre negruzca y viscosa, maloliente.

Pronunció el código de salida y, antes de que las sensaciones se desdibujaran, empezó a dictar para su archivo personal: "bajar el volumen de la música, la entrada de los violines desconcentra"; "aumentar sensación olfativa; hedor a carne podrida"; "reducir la sensación del brazo; puede ser excesiva para personas con poco entrenamiento muscular".

El programa base estaba listo: una de las mejores realidades de fantasía heroica del mercado.

Sin pasar por la realidad cero, Pal se miró al espejo del vestíbulo de su preciosa casa nueva: melena rojiza, ojos azules, hoyuelos en las mejillas. Con un suspiro de satisfacción, gritó en voz alegre: "¡Chicos, mamá está en casa!". Dos niños de dos y tres años salieron corriendo de la sala de estar y

se le lanzaron al cuello entre risas y besos. Eran todo su orgullo y lo que más le compensaba al terminar una jornada. Cogiéndolos en brazos, cruzó el elegante salón y entró en la cocina donde Micha estaba preparando la cena. Se besaron apasionadamente, hasta que Micha se liberó con una sonrisa para echarle una mirada al horno. Bañaron a los niños entre risas, los

metieron en la cama y les leyeron un cuento. Luego bajaron a cenar. –Siguen los debates en el parlamento –comentó Micha mientras comían –. Parece que el Partido Realista quiere limitar el acceso a dos realidades y obligar a todos los ciudadanos a un mínimo de horas de



REALIDAD CERO

Elia Barceló

El bosque era profundo, misterioso y oscuro. La lluvia caía fina dejando un frescor agradable sobre la piel expuesta a los elementos. La música, vagamente celta, sonaba sin perturbar el golpeteo de la lluvia sobre las hojas, los chillidos animales entre el follaje, el chasquido de una rama al quebrarse bajo una pisada. Se giró, rápido como el rayo: un ogro blandía una porra descomunal en su zarpa retorcida. Alzó la espada con una agradable sensación de poder de-

MECÁNICA CUÁNTICA

Nuria C. Botey

Lo que más deseaba en el mundo el pequeño Erwin Rudolf Josef Alexander Schrödinger era tener un gatito. Un gatito negro como una pantera, tal vez con un calcetín blanco en alguna pata. O quizá uno atigrado con los ojos verdes y la cola anillada. Pero sus padres, amantes del orden y la limpieza, se negaban en redondo.

Erwin suplicó en vano durante meses. Ayudó en las tareas domésticas y sacó brillantes calificaciones en la escuela, pero ninguno de sus sacrificios hizo mella en la férrea determinación de Rudolph y Georgine.

Poco a poco las súplicas se extinguieron, acompañadas por una significativa tendencia a la abstracción y el ensimismamiento. Sus notas continuaron siendo brillantes en Ciencias, pero el profesor de Lengua se permitió observar en el boletín de calificaciones el creciente desinterés del muchacho hacia su asignatura.

Ningún adulto llegó a descubrir que en el silencio de la noche Erwin acariciaba la almohada con delicadeza hasta caer dormido, sintiendo en los dedos el tacto suave y tibio de la piel de un gatito que sólo existía en sus sueños.

Puedes enviarnos relatos de hasta 1000 palabras. También aceptamos poemas de hasta 20 versos.

Más información en Facebook

@Revistapapenfuss

en Twitter

@PapenfussRev

Por favor, síguenos si te gusta nuestro boletín y compártelo entre tus amistades.

permanencia en la realidad cero. Dicen que nos estamos alejando de la realidad auténtica y que acabaremos por no distinguir entre lo que es real y lo que no lo es.

—¡Retrógrados! Todas las realidades son reales. La ampliación de la realidad es una de las mayores conquistas de la especie humana y es un derecho constitucional —dijo Pal.

Atravesando la realidad cero, ruidosa y maloliente, consiguió llegar al edificio sin problemas, aunque sudando de miedo y de tensión. La puerta de emergencia estaba abierta y las escaleras desiertas, como era de esperar. El cerrojo del apartamento le hizo perder varios minutos. El piso estaba casi vacío y en completa oscuridad. Encontró al diseñador, apenas un adolescente con toda la cara salpicada de acné, sentado en un sillón anatómico, inmerso en otra realidad en la que él no existía. Viéndolo sonreír y acariciar una mano invisible, se preguntó qué tipo de realidad se habría fabricado un profesional para pasar su tiempo de ocio, pero era una curiosidad estéril. Él había venido a robarle su último proyecto, no a implicarse emocionalmente con su víctima. Sus clientes le pagarían el programa que Pal acababa de poner a punto y sus otros clientes le pagarían por haber eliminado a uno de los mejores diseñadores del mundo, un competidor menos. Dos pájaros de un tiro. Del modo más literal. Tardó un par de minutos en encontrar los controles de desconexión del complejo equipo.

—Bienvenido a la realidad cero —dijo mientras apuntaba el revólver entre sus ojos.

—No hay realidad cero —murmuró el diseñador, parpadeando

enloquecido, luchando aún por desligarse de su realidad.

—Claro que la hay. Yo estoy en ella. Y tú también.

—No hay criterios para probar su existencia.

—Hay uno que no falla: la realidad cero es la única en la que, cuando te matan, estás muerto.

Los ojos de Pal se desorbitaron e intentó abrir los arneses que lo sujetaban al sillón. No le dio tiempo. La bala entró limpiamente entre sus cejas dejando un pequeño agujero enrojecido. En un par de horas había recogido todos los sistemas del nuevo programa. Sus socios pronto pasarían a recoger el encargo. Salió del apartamento deseando llegar a casa y refugiarse en su propia realidad. Dijera lo que dijera el Partido Realista, la realidad cero, rutinaria y de baja calidad, era sencillamente insoportable.

SIESTA

Eduarne Sosa

Serían las cuatro de la tarde, ese momento del día que mi mamá llamaba "la hora del burro" porque todo parecía andar más lento. Las palomas se sentaban en las campanas de la catedral, los perros volvían a la acera, los vendedores de helado deambulantes se sentaban bajo un árbol a darse un gusto de su mercancía. Fue a esa hora cuando papá se quedó dormido en el sofá de la cocina, después del café. Él siempre dormía en su hamaca de lana, colgando del balcón, donde el viento lo mecía como a un niño chiquito; pero por cosas de la vida, la hora del burro lo agarró en la cocina. Ni siquiera se terminó la taza de café, dejó el pocillo de peltre en el piso junto al pan dulce, medio mordido. Era muy extraño tener a papá haciendo la siesta en la cocina, yo pensé que estaba muerto, pero la barriga se le movía de arriba abajo con la calma de esa

HIBRIDACIÓN

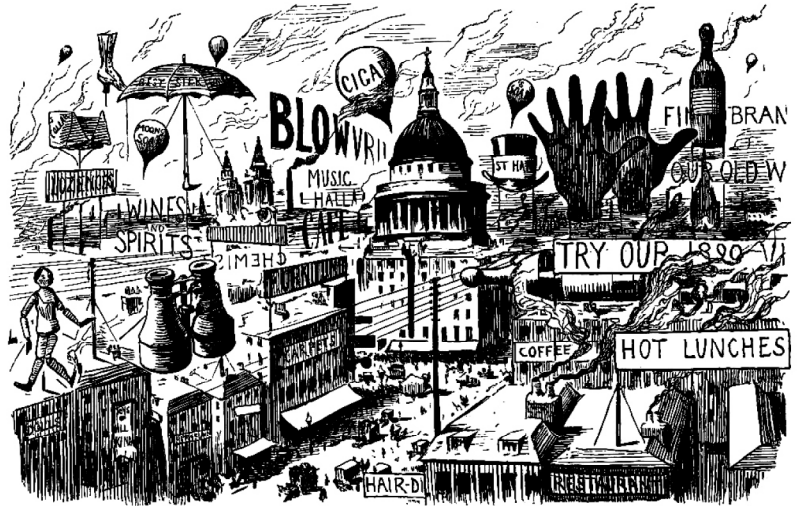
Publicado en el libro Acordeón, de Ed. Idea
Carmen de la Rosa

En junio, mientras regaba las petunias, aterrizó un ángel en el jardín. Aunque mis padres me habían advertido contra ellos, a mí no me pareció tan fiero, y como hacía calor, lo invité a refrescarse

en el jacuzzi. Él plegó sus alas, se despojó de la túnica y me tendió su mano. Nos bañamos juntos hasta que cayó la tarde.

Una madrugada de agosto, desperté y puse un huevo

sobre la colcha de mi cama. Luego salí al jardín y lo escondí entre el seto de lavanda. Ahora lo incubo por las noches, mientras mis padres duermen.



hora, como sabiendo que las palomas estaban descansando en las campanas de la catedral y los perros durmiendo y los hombres comiendo helado bajo la sombra de un árbol. Mamá recogió el pocillo del suelo en silencio, se quitó las alpargatas y caminó descalza hasta el fregadero para no despertar a papá, que se había quedado dormido en el sofá de la cocina. Hasta las hojas de los aguacates y de los plátanos estaban calladas, como si supieran que papá estaba haciendo la siesta y no quisieran despertarlo. Yo me tomaba el café a sorbitos diminutos, con cuidado de no hacer ruido con los labios y tratando de no quemarme. Serían las cuatro de la

tarde, yo estaba sentada frente la mesa de madera de la cocina y mamá no podía lavar los platos porque papá estaba durmiendo. Era como si la casa entera supiera que papá estaba dormido. Y el gato que teníamos, que maullaba tanto, no dijo ni media palabra, y el viento no soplabla, el polvo no se movía de la encimera de la cocina, las hojas de aguacate no revoloteaban, mamá no lavaba los platos y yo me quemaba los labios con el café. Lo único que se movía era la barriga de papa, de arriba abajo. Era como si todos estuviéramos conteniendo la respiración porque papá se había quedado dormido en el sofá de la cocina a las cuatro de la tarde.



ALMAS HERIDAS

Isabel Mariñosa

Ya llegué al lugar de las almas heridas
donde las penas son bienvenidas.

Un lugar sin cabida a mentiras

o promesas incumplidas.

Un lugar sin traiciones

ni tristes canciones,

donde ni se siente

ni se padece,

ni se muere,

ni se vive

donde

la piel

y el

alma

están

dormidas.

aplastaba con sus encías hasta hacerlos desaparecer. Pero que no se te ocurriera decirle que esos sugus no estaban ricos o no sabían a piña porque, en ese mismo momento, con su sonrisa desdentada y su templado carácter, pondría tu ropa, con suma dulzura y lentos movimientos, debajo del montón que le quedara por repasar.



MUNDO INTERIOR

Marian Peyró

Cuando he entrado en el baño una voz ha dicho 'Abre el grifo'. No era una voz en mi interior, y estaba sola. De todos modos, he vuelto a salir y a entrar, y en cada ocasión la voz repetía lo mismo. Al final, he dado el agua. Inmediatamente la voz ha emitido un suspiro hondo. He preguntado a los demás si ellos habían oído algo, pero por su forma de mirarme o de no prestarme atención me ha quedado claro que no. Me he armado de valor y mirando al vacío le he preguntado quién era. Me ha respondido que es mi vecino, y me he quedado tan perpleja que, por la noche, aprovechando que estaba sola, le he hecho más preguntas. Ha resultado ser un ente que vive en las paredes. Me ha aliviado saber que no es el

loco de abajo, ni los de al lado. Según parece todo el mundo tiene al menos uno en casa. Este es soltero. Me ha dicho que la sequía persistente le había obligado, y no sé qué de la humedad ambiental. Que me agradecía mucho lo que hacía por él. Me ha parecido un tipo amable, muy interesante, y hemos terminado hablando toda la noche. Me ha impactado su forma de ser, su amplitud de miras. Ya hablamos todos los días y creo que estoy enamorada. Quizá él también siente algo, porque no rehúye los besos que le doy a través del gotelé. Pero me parece que llueve, y temo que me olvide.

AUTODIDACTA

Sylvia Camelo-Calliger

Sola, aprendiste a sembrar la arena, a labrar los rayos del sol, a cultivar la lluvia. Y cuando te pedí que me enseñaras, me plantaste alas.



PERDIDA

Publicado en La Ignorancia, número 23
Ana Grandal

«Continúa la búsqueda de Ariadna G. F., desaparecida hace dos días en el macizo de Los Pedroñales mientras practicaba senderismo con su esposo. Según este, Ariadna descendió hasta un arroyo para llenar su cantimplora. Al no regresar al punto donde él la esperaba el hombre voceó su nombre, sin obtener respuesta, tras lo cual se internó en la espesura en donde no halló ningún rastro de la mujer. La intrincada orografía del macizo de Los Pedroñales, un laberinto de gargantas y valles estrechos, está dificultando las labores de detección. Tanto sus progenitores, que se han desplazado a la zona para seguir de cerca el desarrollo del rescate, como sus socios del bufete de abogados, insisten en la circunstancia de que haya sufrido un grave accidente. "Es impensable que una persona tan meticulosa, cabal y responsable en todos los aspectos de su vida haya desaparecido sin dejar huella", corrobora el marido. Ariadna grita hasta desgañitarse desde el fondo de un profundo barranco. Comprueba sus provisiones: calcula que le llegarán para unos tres días más. El sol le ha dejado su marca en la piel. Se toca los brazos morenos y se tumba bajo la sombra fresca de un chopo. Allí no alcanza la cobertura del móvil, y aunque fuera así, hace tiempo que se le ha acabado la batería. No soporta pensar en su situación. No soporta anticipar que, en un par de jornadas, tendrá que bajar del monte y volver a ajustarse su máscara de esposa perfecta, hija abnegada y trabajadora ejemplar. El animal salvaje que se agazapa en su interior le impulsa a aullar de nuevo. Esta noche contemplará las estrellas: eso es lo único que le importa ahora.



Boletín de relatos GRATUITO. Si quieres colaborar con nosotros, puedes enviar tus relatos (1000 palabras como máximo) o tus poemas (20 versos) a la siguiente dirección:

REVISTAPAPENFUSS@GMAIL.COM

DE GUSTIBUS NON EST DISPUTANDUM

Nuria Rozas

Doña Manuela cobraba la voluntad para completar su pensión. Si además le dabas algún sugus azul, de aquellos que se suponía que sabían a piña, anteponía tu ropa a la montaña de prendas que tuviera para arreglar. El problema era que éramos muchos en el pueblo, eran los más escasos y ella adoraba esos caramelos blandos tanto como aquella vida tranquila que llevaba. Nos afanábamos en conseguirlos. Íbamos a por ellos a pueblos lejanos si era necesario en cuanto nos sobraba un minuto. Mientras, ella escuchaba el canal clásico en la radio con las gafas de media luna en la punta de la nariz, serpenteando la lengua sobre uno de esos caramelos a la vez que hilvanaba y cosía. Los chupaba hasta que quedaban como papel de fumar. Luego los

HABILIDADES ESPECIALES

Ángeles Mora

Hola, Ali.

Soy consciente de que esta carta te llegará tarde y mal, pero necesito que sepas algo de nuestra niñez que nunca le conté a nadie. Sé que llega tarde porque mi confesión, a estas alturas, no te va a hacer una adulta menos aprensiva frente al qué dirán. Y sé que te llegará mal porque la explicación de la verdad no anulará los traumas con los que has cargado.

Nunca vi aquel fantasma. Mentí cuando te lo dije a ti y he mentido a lo largo de los años cada vez que en la familia se ha mencionado el asunto o se comentaban las habilidades especiales con las que habíamos nacido. Nunca lo vi, me limité a seguirte la corriente, a imaginar, adornar y exagerar las percepciones que tantas veces me habías contado.

Fue la tía Enriqueta la que me empujó a ello. Sin saberlo, claro. Mamá le contó aquella tarde tu última "pesadilla despierta" (nunca entendí por qué eligió esa manera de nombrar lo que veías) y yo escuché la conversación, desde el pasillo, por la puerta entreabierta. Ella los llamó "episodios" y comenzó a decir que no eras una niña normal, que tu imaginación incontrolada era peligrosa y que ella creía que detrás había una enfermedad mental. Mamá lloraba y a mí se me cortó la respiración cuando la tía Enriqueta comenzó a decir que te podrías volver violenta y que lo mejor para una mente perturbada era ponerla en manos de médicos especialistas. Ahí empecé a hiperventilar y mi cerebro funcionó a mil por hora. Te imaginé con una bata blanca y cables en la cabeza, y cuando oí las palabras "sanatorio especializado" me puse a gritar como las locas y fingí un desmayo.

Por eso cuando bajaste las escaleras me habían tumbado en el sofá y mamá me abanicaba. No fue un golpe de calor como te dijeron. Por eso cuando entraste te pregunté por el soldado que había a tu lado.

Nunca lo vi. Ni al soldado de aquella tarde, ni a la niña del sótano, ni a la monja del jardín, ni a ninguno de los que siguieron cuando la gente empezó a llegar para preguntarnos por sus acompañantes muertos. Tú los veías. Yo solo los inventé para que la tía Enriqueta creyera que era una habilidad nuestra y no una enfermedad mental de la que tuvieran que curarte en algún hospital.

El circo del que nos rodearon después de aquella tarde tampoco es que nos hiciera la vida más fácil, pero quiero pensar que mi mentira nos mantuvo unidas y sirvió para protegerte.

Ayer, al darle el beso de buenas noches, la pequeña Alicia me pidió que dejase una silla junto a su cama para que se siente la ancianita que la visita por las noches, por eso me he decidido a escribirte esta confesión.

Después de todo, quizás sí sea una habilidad especial de algunas niñas de nuestra familia.



LA SANTERA

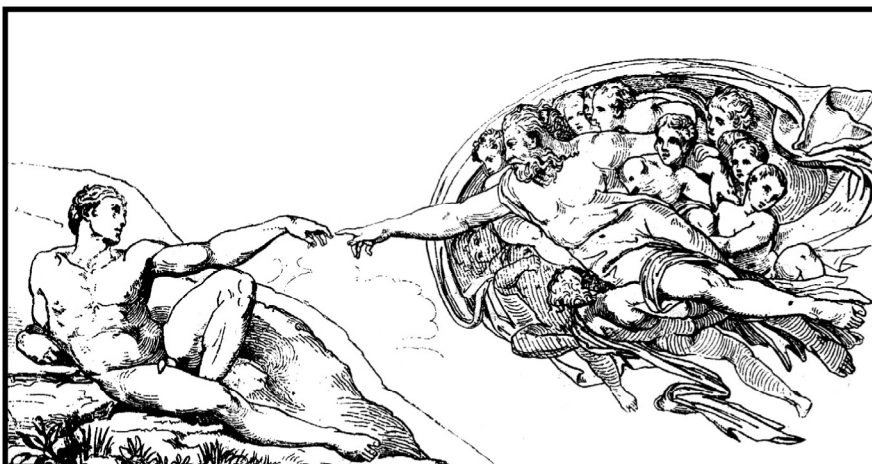
Elena Bethencourt

Cuando vivíamos en La Habana, la abuela hacía milagrillos, amarres, magia blanca y leía el porvenir en la ceniza de su puro. Al mudarnos a Kansas en los setenta, casi como único equipaje, se llevó una foto de El Malecón que miraba constantemente para saber, según ella, cómo seguían las cosas por allá.

Mientras nosotros perseguíamos sueños americanos, la abuela lloraba las penas por dentro, hasta que un día de 1977 se empezó a llenar y dijo que veía clarito su propio futuro: o regresaba a Cuba o el Caribe vendría a buscarla.

No podemos volver, le repetíamos, pero insistía: "Oigo las olas, ya viene el mar". Y ocurrió. Una masa inmensa de

agua entró por la puerta y se la llevó por la ventana con puro y todo. Les advertí, gritaba mientras la corriente la arrastraba calle abajo. Pobre mujer, pensamos, se fue sin saber que, en realidad, era la lluvia la causante de la inundación y el desbordamiento del río Kansas. Mientras achicábamos agua y lágrimas, encontramos aquella foto de El Malecón que solía mirar. Tenía una mancha parecida a una cortina de humo. Al disiparse, vimos a la abuela tan tranquila fumando su habano junto al mar.



CAPILLA SIXTINA

Paola Tena

Ahora ya vestido, se da cuenta de que es cierto lo que le dijeron los ángeles: no es lo mismo. Pasea de noche por las calles del Vaticano embutido en pantalones pitillo, la camisa de seda negra abierta hasta medio pecho como un gigoló; enamora a las monjas trasnochadas, bebe grappa a morro en los bares de los barrios bajos y discute de teología con los turistas. Pero no es igual que en las fiestas nocturnas de la Capilla Sixtina: cientos de cuerpos semidesnudos contoneándose al son de las arpas y las citaras, rizos de cabello, sudor y telas vaporosas apenas cubriendo los torsos magníficos. Cuando vuelve de madrugada a la Capilla se quita esa ropa ridícula y la oculta dentro de un hueco invisible en el muro, sube al techo y en un acto de reconciliación, toca la punta del dedo de su enfurecido Padre, el único que nunca baja de su pedestal a gozar un poquito la vida.

SU NOMBRE INVERTIDO

Mayte Blasco

Este año el premio se ha otorgado a una mujer, una escritora desconocida en los círculos literarios. Eso están diciendo en el informativo mientras termino de sorber con desgana una sopa de cocido fría e insípida. Desconocida, eso dicen, aunque a mí su nombre me resulta familiar. "El jurado eligió por unanimidad la novela de Violeta Silva Maestre por su excepcional recreación de un episodio histórico en el que...". De la memoria astillada se desprende un fragmento perdido. "¿Silva Maestre, Violeta?" "Presente". Su nombre invertido en mis labios me devuelve el olor a sudor de un aula amplia repleta de pupitres mal distribuidos. Diez minutos de clase perdidos en leer aquel listado interminable repetido en mi boca dos o tres veces por semana -no lo recuerdo bien- antes de empezar con la Generación del 98 o la poesía desarraigada.



Silva Maestre, Violeta, se sentaba en la primera fila, al lado de Sánchez Escudero, Paloma o tal vez de Toledo Suárez, Isabel. Diecisiete años escuálidos de rostro pálido y pechos planos, apenas perceptibles como breves sombras bajo su camisa blanca. Rebusco en la memoria igual que aquel año lo hacía en su examen, olfateando las

hojas como un perro de presa a la caza del error esperado, la ausencia de una tilde o una coma inoportuna que le restaran al menos un par de décimas. Asoma brevemente en el recuerdo su comentario sobre un poema de Lorca doliéndome en el pecho, minucioso y apasionado. "Es la primera vez en mi vida que le pongo a alguien un diez en un examen", recuerdo en mis labios mientras sus ojos negros -incongruentes en su enormidad- me observaban con su inteligencia silenciosa.

Miro la pantalla buscando los restos infantiles de Silva Maestre, Violeta, en el rostro maduro de la mujer que agradece su premio ante un par de micrófonos ansiosos. Fantaseo con la absurda idea de que tal vez se acuerde del viejo profesor de literatura y me nombre al menos en sus sentidos agradecimientos.

-Don Francisco, ¿quiere usted un poco más de sopa?

-Ni muerto -contesto a la bata blanca que recoge mi plato.



EL MAESTRO ROJO

Patricia Collazo

Como a todos, lo llevamos al frontón para fusilarlo. Pidió beber un poco de agua. Un último deseo algo extraño, pero el sargento accedió. Otros pedían un cigarro, un beso de alguna mujer que sollozaba entre el público, y hasta apelaban a la piedad del sargento, que no tenía ninguna.

Le acercaron un cazo de metal, dejó caer un buen chorro dentro de su boca, hizo una especie de gárgara y luego escupió.



Era el maestro del pueblo. Algunos chavales lloriqueaban en primera fila. Nosotros solo esperábamos que nos ordenaran disparar.

-Tus últimas palabras -exigió el sargento.

El reo empezó a hablar, hablar, hablar...

Explicó la regla de tres simple, la compuesta. Recitó los nombres de todos los ríos de España de norte a sur. Conjugó el verbo vivir en todos los modos, tiempos y personas. Repasó las reglas de acentuación de las palabras llanas, agudas y esdrújulas.

Cada vez que el sargento levantaba la mano en ademán de interrumpirlo lo conminaba con gesto severo a volver a su pupitre.

Siguió con todas las tablas de multiplicar, los nombres de los polígonos regulares, las partes de la célula y la clasificación de los seres vivos.

El cura se durmió, el pelotón se dispersó, los soldados rasos ascendimos y el sargento se jubiló. Pero él allí sigue dando clases desde el 36.

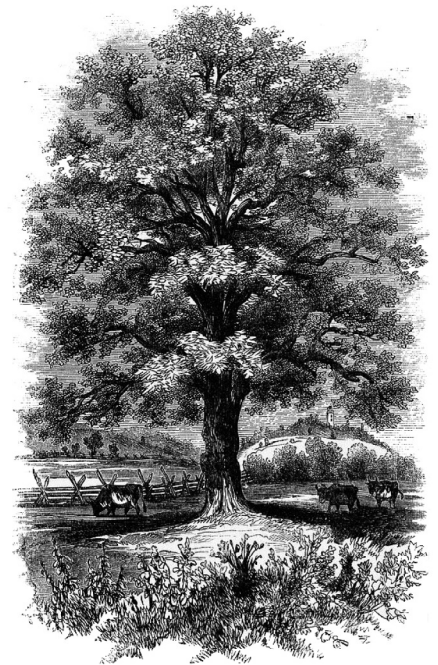


BOSQUEJOS DE MUJER

Manuela Vicente Fdez.

Vivo en el bosque, aunque algunos días me fugue a través de mis raíces y asome en la ciudad. Puedo emerger con mi antigua forma,

aquella hecha de nube, sueños, dudas, semejante al espectro de una mujer. Los viandantes me confunden mientras camino y me preguntan la hora, la dirección de un museo, el número de una línea de autobús; a veces les respondo: les digo la hora fijándome en la posición del sol, aventuro una calle cualquiera, invento un número y ellos se van, inquietos, tratando de ignorar la alerta que se dispara en su interior y pronto olvidan, porque el ruido de sus mentes secuestra sus sentidos y acapara su atención. Una vez me siguió un viejo olmo. Oía a madera quemada y crujía al pisar sus propias hojas, desprendidas al caminar. Apenas me dio tiempo de adentrarme, localizar la red de mi sustento, emerger por mi tronco de cien años y estirar mis ramas de nogal.



POEMA DEL AMOR MUERTO

Rocamadour

He inventado el fondo de
[tu alma,
lo he amasado de sueños,
he imaginado un agua de
[nenúfares,
en el que flota la pureza,
una tela delicada,
en la que acunas la
[inocencia,
de los sentimientos más
[frágiles.
El susurro de un verso,
con la verdad antigua y
[protegida,
de tu mano sujeta.
Y en la palma un secreto,
como una paloma,
redonda y blanca.
Ese lugar en el que quise,
Y luego ya no quise,
quedarme mucho tiempo,
al que llegaron las
[sospechas,
Del veneno y el
[muérdago.
Cazadora imposible,
de siluetas de aire,
en el fondo de tu alma.

LA CITA

Rakel Ugarriza

Las sirenas de las ambulancias detonarán el silencio de su casa. Ella se despertará asustada. Observará a su alrededor y, tras unos segundos de desconcierto, recordará que se quedó dormida en el sofá. Mirará su reloj y descubrirá que ya no podrá llegar a tiempo a la cita. Hace más de media hora que tendría que haberse encontrado con él.

Se pondrá furiosa consigo misma y cuando se disponga a buscar su móvil entre los cojines, las imágenes del televisor captarán toda su atención.

Enseguida reconocerá la cafetería en la que han quedado. Verá cómo el cartel con el nombre del local cuelga ahora a lo largo de la fachada siguiendo un rítmico vaivén, como el de un cuerpo recién ahorcado. Mirará incrédula cómo han desaparecido los cristales que antes resguardaban la terraza, dejando al desnudo una estructura metálica retorcida de forma absurda, y aún le costará un momento reconocer que los bultos que yacen en el suelo, bajo los cristales, entre el amasijo de lo que antes fueron sillas y mesas, son cuerpos humanos, ensangrentados, desmembrados.

Ella ahogará un grito de horror

entre sus manos, pero no podrá apartar la mirada de la pantalla durante las próximas horas.

Tampoco subirá el volumen del televisor, se conformará con observar la repetición en bucle de las imágenes a lo largo de toda la noche. No querrá escuchar, solo mirar.

En algún momento se acordará de él y entonces se levantará del sofá para acercarse a la pantalla. Se arrodillará frente a ella e intentará descubrirlo entre los cuerpos desperdigados por el suelo. Por un instante creará reconocerse a sí misma entre ellos.

Su teléfono sonará una y otra vez, pero ella no va a contestar. Todavía no tendrá fuerzas para descolgar y responder que está bien, que ella está viva cuando en realidad debería estar muerta. No querrá explicar que su cuerpo tendría que estar tendido en el suelo de esa terraza junto a los demás, que la imagen de su cadáver tendría que estar siendo televisada. Y así, muerta, es como se sentirá durante mucho tiempo. No podrá acudir a los constantes homenajes a las víctimas que se harán en la ciudad, ni podrá depositar flores o velas en el lugar del atentado porque se sentirá culpable por estar viva.

Todo esto, sin embargo, no va a pasar hasta dentro de unos minutos. Ahora mismo ella

duerme tranquila en el sofá de su casa tras una larga jornada de trabajo, mientras él, sentado en la terraza de la cafetería en la que han quedado, mira impaciente su reloj un segundo antes de la detonación.



ACEITE LUBRICANTE

Asun Gárate

Os levantáis tarde, no tenéis prisa. No hay nada que atender, nada que hacer más que disfrutar de un largo y maravilloso día. Igual que todos los días desde el primer día. Residís en una casa con jardín, piscina y cancha de tenis. No trabajáis, os pasáis horas tumbados al sol, nadáis, jugáis al tenis. Cuando sentís hambre, entráis en la casa y coméis. Vuestra vida es estúpida, os gusta mucho. No os arrepentís de nada. No tenéis hijos, ni amigos, pero no los echáis de menos. Os tenéis el uno al otro, no necesitáis a nadie más. Leéis mucho. Tú, Elena, estás leyendo Demasiada felicidad, de Alice Munro y tú, Carlos, estás leyendo Subsuelo, de Marcelo Luján. Qué bien vivís. Los dos. A veces, parece que queréis decir algo importante, algo tras lo cual vendrá un largo silencio o un hondo suspiro o un morderos los labios con los ojos llenos de lágrimas o un apretar los puños con rabia. Parece que vais a decir algo, pero nunca decís nada. Y seguís disfrutando, día tras día, del sol y el agua, el deporte, la lectura. Al principio, tratasteis de ganaros la confianza del perro guardián. Pensasteis que podíais ser sus dueños. Os gruñó, os enseñó los dientes, os ladró. Salisteis corriendo. No habéis

vuelto a acercaros a él y él no ha vuelto a ladraros. Os vigila, recorre toda la propiedad. No está atado con una cadena. Hay ratos que no lo veis por ningún lado, pero sospecháis que bastaría un susurro, quizás un mal pensamiento, para que apareciese al instante. No sabéis qué os haría si trataseis de escapar. Si lo sabéis, os despedazaría. No vais a tratar de escapar. Vivís la vida que vosotros mismos elegisteis. No os podéis quejar. No os quejáis. Si un día os abriesen la puerta, no saldríais. Cuántos libros habéis leído, qué morenos estáis, cómo agradecéis poder comer sin tener que mendigar ni robar. No os queréis ir. No. Ya no podríais vivir fuera de estos muros. Aquí os sentís seguros. A salvo del hambre, del

comida. Cuando sentís ganas de comer, vais a la cocina y coméis. No necesitáis cocinar, vuestros menús ya están elaborados. Tú, Elena, sigues una dieta macrobiótica y tú, Carlos, una transgénica. Os parece que la comida es buena, reconocéis que os habéis acostumbrado. Sabéis que a lo que no se acostumbra nadie es al hambre. Dormitáis al sol. Os encanta el calor. Permanecéis horas en las tumbonas al borde de la piscina. Leéis los libros de la biblioteca del salón. Tú, Elena, estás leyendo Subsuelo, de Marcelo Luján y tú, Carlos, estás leyendo Demasiada felicidad, de Alice Munro. Jugáis al tenis estupendamente. Los primeros días jugabais muy mal. Fuera no jugabais al tenis. Os



frío, del miedo y la desesperación. Creéis que hicisteis bien, que no había mejor elección, que era vuestra única oportunidad. Que si no, ya estaríais muertos. Muertos de mala manera. Como tantos otros. Después de La Tercera Crisis, pertenecíais a la población que quedó absolutamente arruinada. Sobrevivíais a duras penas. A vuestro alrededor, la marginación y la violencia se extendían sin remedio. Estáis vivos porque aceptasteis venir aquí. ¿Cómo no ibais a venir? ¿Cómo ibais a rechazar la oferta? Tenéis una casa. Tenéis una cama. Tenéis ropa. Tenéis

bañáis en la piscina. Os gusta la temperatura del agua. Paseáis descalzos por la gran extensión de césped. Evitáis al perro guardián. Vais agarrados de la mano. Cogéis flores. Os sentís en el paraíso. ¿Cómo no ibais a venir? Pensáis que vivir así lo compensa todo. No tenéis miedo. Ignoráis cuánto tiempo viviréis. Meses. Años. No os lo dijeron y vosotros no os atrevisteis a preguntar. Sabéis que no llegaréis a viejos. Simuláis que no os importa, que seréis felices mientras dure. Sabéis que fuera un poco llegaríais a viejos. Recordáis tantos muertos. Tú, Elena,



has engordado, aún no se te ha empezado a caer el pelo, solo padeces ligeras jaquecas y vértigos y tú, Carlos, sufres taquicardias, ardor de estómago y pronto te brotará un eccema de los pies a la cabeza. Estáis pendientes de vuestros cuerpos. Os mantenéis al acecho de los síntomas. Os revisáis mutuamente. Os palpáis buscando quistes. Sabéis que hay efectos peores que otros. Teméis algunos más que otros. Perder la vista, perder la movilidad, un tumor cerebral, hemorragias. Rezáis en silencio. Rezáis para que todo eso no suceda demasiado pronto. Que aún os queden unos años por delante. Que los dolores no sean insoportables. Deseáis morir a la vez. Imagináis lo terrible que sería la soledad del uno sin el otro. Os volveríais locos. Dejaríais que el perro os matase. Lo habéis decidido. Los dos haréis eso si el otro muere antes. Provocar al perro guardián. Hasta que llegue lo inevitable, procuráis amaros en cuerpo y alma. Cada día, cuando anochece, entráis en la casa y vais al dormitorio. Sobre la mesilla encontráis siempre una jarra llena de agua, dos vasos y dos bandejas diferentes, una para cada uno, con un surtido de pastillas de varios colores y tamaños -las hay pequeñas como lentejas y las hay del tamaño de una oliva-, que tragáis pacientemente. Os acostáis en la cama muy juntos. Hacéis el amor a oscuras. Para que la cámara del techo no pueda grabaros. Cuando os despertáis, sin prisa, os levantáis y preparáis las muestras de sangre, saliva, orina y heces. Tú, Carlos, también de semen. Las etiquetáis y las guardáis en unas cajas metálicas de cierre hermético. Las

dejáis en el frigorífico. Al mediodía, oís, aunque metáis la cabeza bajo el agua o golpeéis muy fuerte la pelota, el chirrido de las bisagras de la puerta del jardín. Os provoca escalofríos ese chirrido, os pone los pelos de punta. Os gustaría pedir que le echen aceite lubricante. No lo pedís. No salís del agua, no paráis el partido. No queréis hablar con quienes ya están en vuestra cocina. No queréis verlos. No queréis que os vean.

CALMA CHICHA

Virginia González

Se levanta la mañana y el pirata tiene hambre. En su bajel renqueante no queda nada que comer, solo cuatro botellas de ron. Por la última refriega ha perdido varios hombres y ahora lamenta su suerte. Ya no lo acompaña el contramaestre, ni su grumete favorito, ni tampoco tres de los más aguerridos compinches. Para colmo de desdichas, no se percibe un leve ramalazo de viento, un barco en lontananza o una maldita isla a la que arribar.

Y el pirata tiene hambre. Se han acabado las gallinas, los dos gansos y hasta los ocho gatos que recolectaron en el último puerto. Dos dedos de aceite, media libra de harina y el agua -de los toneles rebosantes con los que salió del último embarcadero- no ocupa ya ni una décima parte. Por no tener, están a punto de quedarse sin pólvora. Encima, pesa sobre él una orden de captura y sabe que ahora es más dura que nunca antes, desde que llegue a cualquier puerto conocido estará en peligro.

EXILIO

Abigail Fernández



—¿Alguna vez te has preguntado cómo es el firmamento? —preguntó el pez.

La estrella de mar, como tantas otras veces, pensó en confesar su secreto. Pero aún era demasiado doloroso. Sobre todo, porque no sabía cuántos años de exilio le quedaban.

—No —dijo, al fin.

REALIDAD PARALELA

Publicado en Internacional Microcuentista - Revista de lo breve
Cecilia Rodríguez

Ella le insistió: "Cierra los ojos. Piensa en esa playa idílica. Visualízala. Siente la brisa en tu cara y la arena bajo tus pies. Déjate llevar. Camina. Disfruta de esa paz".

Instantes después, el hombre dormía con la complacencia de un niño. Sin embargo ella observaba desconfiada ambos lados de la calle solitaria.

Solo cuando comprobó que todo estaba en aparente calma, se acostó junto a él, aprovechando parte del cartón y la manta encontrada en la basura.

Luego cerró los ojos, lo buscó con la mirada y al verlo descalzo, caminando tranquilamente por la orilla, corrió tras él.



Pero nada de eso le importa en esta mañana rutilante, el hambre es lo que le obsesiona. Si pudiera cambiar el baúl ahito de monedas de oro y joyas preciosas por comida, de buen gusto lo haría.

En esto que, como un maná salido del mar, empiezan a caer peces voladores sobre cubierta, acero bruñido sobre el maderamen gastado, rutilancia de escamas, plata y sangre sobre el andamiaje. Enloque-

cido de hambre y gratitud, Oliverio Lafitte, pirata de renombre y raigambre, arrastra con dificultad el cofre de riquezas hasta la borda y en un gesto insólito, echa al agua el contenido, queriendo pagar el don marino. Ninguno de sus secuaces lo detiene, débiles y famélicos como están.

Las monedas, los anillos, las perlas, los rústicos lingotes, caen al mar con rumor de canción desconocida y cente-

leo fulgurante. La sangre, el entrechocar de las espadas, el abordaje, el cañoneo intimidante, las velas hinchidas, la astucia, el coraje, el miedo, la aventura, los arcabuces y los alfanjes, todo se olvida frente al cardumen de peces que cubre la tablazón marcada por innumerables abordajes.

La generosidad de la naturaleza tapiza la cubierta con un manto argénteo, hasta en las velas han quedado prendidos los peces, que, agonizantes, caen con fosforescencia de incendio.

Oliverio Lafitte contempla la cascada dorada, mientras al océano van cayendo escudos, doblones, ducados, zafiros, aguamarinas, esmeraldas amazónicas, plata del Perú, luisés franceses, reales. Podrá ahora dedicar el cofre a conservar los pescados milagrosos, bien secos y apretujados, como el más valioso de los tesoros.



NAUFRAGIO

Susana Revuelta

O peces muertos y cangrejos desmembrados o ramas de árboles hinchadas y plásticos. Cada mañana era lo que recogíamos del suelo del cuarto del abuelo. Mamá nos hacía meterlo todo en bolsas y sacarlo al contenedor de basura de madrugada para esquivar preguntas, para evitar miradas. Bastante teníamos, decía, como para explicar. Pero ayer encontramos los restos de un barco medio hundido en la orilla, las olas más enrespadas de lo habitual y la cola podrida de una sirena. Para que mamá no se preocupara, me quedé en su habitación a pasar la noche con él. Hoy me despertaron los rayos del sol y el alboroto de unos delfines que saltaban alegremente sobre las olas. Entonces retiré una estrella de mar que había sobre su almohada, le besé en la frente y cerré sus ojos con suavidad.

MUERTO POR LA MITAD

Graciela De Mary

El remisero le preguntó qué iba a hacer a un lugar tan alejado de su casa. A Laura le dieron ganas de contarle con cierto orgullo "me voy al velorio de mi papá". Le pareció rara la idea de mencionar que también había tenido un padre, como cualquier hija de vecino; que ella no era una anomalía de la naturaleza, que no había nacido de un repollo, y que aunque su padre se le había hecho presente esa tarde, justamente a través de la noticia de su muerte, era una manera de reafirmar que alguna vez había existido.

De todas formas, no le contestó al odioso del chofer y siguió mirando por la ventanilla mientras el hombre daba vueltas con el auto y no le acertaba a la dirección en cuestión.

La voy a tener que dejar acá, en la avenida. Hace rato que terminó mi turno.

Mejor. Le pagó lo que el tipo le pidió y bajó casi aliviada. "Estúpido" pensó y enseguida buscó a al-

guien que la orientara para llegar. La avenida estaba colmada de paradas de colectivos. Había mucha gente regresando del trabajo. Les preguntó a algunos hombres que caminaban con paso cansado y a mujeres cargadas con bolsas llenas de verduras, que volvían de limpiar casas ajenas. Caminó muchas cuadras entre ellos, hasta que los puestos precarios que ofrecían medias, chipá, y ratoncitos de goma se fueron espaciando y desaparecieron. Anduvo por calles solitarias. Y oscuras. Mientras caminaba, sintió que alguien la seguía. Un muchacho se adelantó y le cortó el paso. ¿Quedate quieta, dame el celular hija de puta, rápido!, dijo el ladrón que simulaba tener un arma en el bolsillo.

Ella no se asustó porque la ansiedad por el reencuentro era más fuerte.

¡No puedo, no puedo, dejame ir por favor! Empezó a correr esperando un tiro por la espalda.

El ladrón inexperto tardó en reaccionar. Luego miró a su alrededor para comprobar que no había testigos de su impericia. Cuando Laura por fin dio con la dirección, creyó estar equivocada. La sencillez de la sala

velatoria hacia juego con el barrio. No había ningún cartel. Se notaba que era una vivienda apenas acondicionada. En lo que había sido el comedor estaba el ataúd. El medio cadáver ocupaba la cabecera. Alguien había colocado un crucifijo con flores de plástico en el otro extremo, no tanto como homenaje sino más bien para balancear el peso y evitar el vuelco del cajón. Arrimadas contra la pared, unas pocas sillas vacías. La ventana que daba a la calle tenía la persiana levantada y una cortina de color indefinido impedía ver desde afuera.

Algunas horas antes, mientras trabajaba en la oficina, Laura se había enterado de la noticia. Por supuesto que no había pensado salir antes ni había comentado nada. Antes de ir al velorio pasó por su departamento, buscó la única herencia que había recibido y la metió en su cartera: un pedazo de libro. Lo había leído muchas veces. Contaba la historia del regimiento glorioso que se cansó de ganar batallas contra los déspotas en México, y que al final de la revolución, aprovechando la ausencia del general, se sublevó y se unió al enemigo.

¿Cómo era el hombre que guardaba libros así?

Nunca supo el fin la historia porque al libro le faltaba justo la mitad. Era una edición barata, de bolsillo. Tenía una dedicatoria ilegible. Ella lo había rescatado de las ruinas de su hogar. Llegaba a la página 25 y estaba perfectamente separado del resto, con un corte limpio y prolijo. Posiblemente tan exacto como el que le amputó las piernas al padre.

Todo lo que sé de mi papá se puede resumir en una hoja de cuaderno había confesado una vez.

POR FAVOR, TOMAOS UNOS MINUTOS ESCANEAD CON EL MÓVIL LOS CÓDIGOS DE LOS AUTORES Y AUTORAS COLABORADORAS. SIN SU AYUDA, PAPPENFUSS NO SERÍA POSIBLE.



Elia Barceló



Nuria C. Botey



Carmen de la Rosa



Edurne Sosa



Isabel Mariñosa



Marian Peyró



Sylvia Campo-Caliger



Ana Grandal



Ángeles Mora



Elena Bethencourt



Paola Tena



Mayte Blanco



Rocamadour



Patricia Collazo



Manuela Vicente



Raket Ugarriza



Asun Gárate



Abigail Fernández



Cecilia Rodríguez



Virginia González



Susana Revuelta



Graciela De Mary



Nuria Rozas



PAPPENFUSS

En esa hoja, hubiera podido escribir algunos datos sueltos. No obstante ignoraría para siempre las razones profundas por las que su padre se había hundido en el fracaso. Lo mismo que le pasaba con la historia de los soldados que se habían hartado de pelear.

En silencio empezó a llorar. Sentada sola, sin una flor, sin una palabra que pudiera reconfortarla, como si ni ninguno de los dos la mereciera. El crucifijo de rigor en la pared cobijaba los restos de una vida desconocida y mutilada. Ella permaneció largo rato con su querido medio libro en el regazo. Por último se acercó al ataúd, y con mucho cuidado, como si se tratara de una ofrenda, lo

acomodó junto al medio cuerpo de su padre. Chau viejo. Salió despacio. Ya era noche cerrada. En la vereda de enfrente, el ladrón humillado que la había seguido en las sombras, esperaba su momento.

